

## EL MARIPOSARIO Y LAS LETRAS

Por: Luz Dary Echeverry Serrato

En un pueblo desolado y polvoriento, el Ministerio de Cultura construyó un museo con el fin de exponer allí los símbolos de las letras del país. Así, además de la inmortalidad de la palabra, el país de la esperanza, sediento de paz, reconocería su identidad hacia los símbolos por los siglos de los siglos...

Para los noveles escritores era una especie de bautizo llegar hasta allí...al calificado como el Olimpo de la Escritura Colombiana: El mariposario. Estaba situado en una casa grande, bella; rodeada de ébanos, enredaderas y flores de todos los colores. En el portal –todo tiene su razón de ser- estaba siempre echada una perra callejera.

Al ingresar había un mariposario natural con las más bellas variedades de mariposas amarillas incluidas aquellas que acompañaron fieles a Mauricio Babilonia. Eran mariposas exóticas, cada una bautizada con el nombre de algún escritor nacional; derecho adquirido, pues García Márquez arrancó todas las mariposas amarillas de los estómagos de los enamorados del mundo. Los noveles escritores llegaban hasta allí para bautizar también su propia mariposa.

Después del mariposario, hacia la izquierda, estaban esculpidas en cera: Remedios la bella, y a la derecha, la diosa coronada, Fermina Daza; en el centro de las dos beldades había una réplica de “El Matadero” de Fernando Vallejo, y una hermosa estatua del dios Changó, el dios del todo; traído desde África por el Maestro Manuel Zapata Olivella; junto con el “Corral de negros”.

El museo era grande, porque así, imponentes eran las letras y los símbolos; cinco pasos hacia adentro, estaban “El cristo de espaldas” y “Siervo sin tierra”; seguido de ellos, pendía una hermosa “Franja amarilla” de William Ospina; una vasija brillante y limpia de Piedad Bonnet; una estatua tallada en piedra de un Amor negado de Ángela Becerra; una réplica pequeña del “Club el Nogal” para no olvidar que “algo huele mal”; una foto de Lara; un pequeño y simbólico poema de autoría disputada y contado como “El olvido que seremos” de Héctor Abad; un humilde desplazado de Alfredo Molano; en una jarra “Las flores negras” de Julio Flórez y “una sombra” de José Asunción Silva.

Un calendario que señalaba los días de todos los colores de Porfirio Barba Jacob.

Antes del mariposario, que era patrimonio del país, había un gusanito en un cilindro de vidrio: vivo, esbelto, sabio y goloso, disfrutaba todos los saberes, pero también estaba “Satanás”.

Como muchos anhelaban bautizar la mariposa e ingresar sus símbolos se realizó una junta de sabios en la cual se establecieron unos requisitos mínimos para que se

abrieran las puertas soñadas.

-Mucho cuidado con aquellos que destrozan todo para esforzarse menos- sentenció Mario Mendoza.

-Todo en la vida se aprende, el amor también se aprende. Respondió García Márquez.

-Sí, pero amor y horror es lo mismo – dijo Julio César Londoño.

-Se deben tener unas reglas claras.- advirtió Mutis.

-Quien escribe no se puede alejar de la realidad. Recuerden que nuestro país se ha convertido en un lugar donde los pobres no comen, la clase media no compra y los ricos no duermen- opinó William Ospina.

-Es importante que el escritor escriba sobre su época. – confirmó Mario Mendoza.

- Ah ¡“El olvido que seremos”! Suspiró Abad.

-No hay problema, intervino Eduardo Caballero- hay que valorar los esfuerzos y no sacudirse el polvo de los zapatos para maldecir un pueblo.

-¡De acuerdo!- dijo el Maestro Manuel Zapata Olivella- al que le corresponda llegar aquí, Changó que todo lo puede y está en la sangre de todos, lo guiará.

-Un último detalle - dijo Julio César Londoño - Cuidémonos de nuestros prejuicios.

Y con la anuencia de todos, ordenó a la guardiana –una perra obediente y simple, que levantó las orejas cuando escuchó al amo:

-Bueno, desde hoy, tu misión será cuidar este lugar, y para ello, lo único que debes hacer es observar y no estorbar.

Hombres y mujeres se empeñaban en llegar hasta allí; algunos se cansaban de recorrer el mismo camino y desistían, pero la mayoría atravesaba el umbral y alcanzaba la meta: bautizar su mariposa y dejar su símbolo.

La guardiana sólo miraba y observaba. Los escritores, sí acaso la veían, pasaban por un lado sin molestarla.

Pero un día, un escritor iba tan apresurado, después de vencer muchos obstáculos, que al llegar al umbral y ver la perra sintió miedo, y en lugar de pasar inadvertido la empujó con un puntapié.

La perra era obediente y simple, pero también un animal muy instintivo porque era callejera y ante el injustificado ataque mordió al agresor.

Este incidente, con el cual Changó nada tuvo que ver, impidió el ingreso al Olimpo del novel escritor.

Nada más infeccioso que la mordedura de un perro. La herida se infectó y el novel escritor murió.

Los escritores llamaron a un colega foráneo llamado Dale Carnegie para que dijera unas palabras en su nombre. Y esto fue lo que escribió:

“Yacen aquí los restos de un pobre mortal.

Murió defendiendo su derecho de paso,  
Razón la tenía, estaba en lo justo, lo cierto,  
Más tan muerto está como sí hubiera errado”

Luz Dary Echeverry Serrato

Cali, 31 de julio de 2010.

“Lo negativo no tiene porque decirse de la peor manera” Julio César Londoño

Cali, Biblioteca Departamental, 21 de junio de 2008